

Ruggiero Romano, *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, FCE/Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, México, 1993.

Los tiempos que corren, de transformación estructural de las economías («modernización» suelen decir sus promotores) y de globalización de los procesos macroeconómicos, han dejado de lado, al parecer, viejos temas de la teorías económicas, tales como las crisis, de las que ya no es prudente hablar sino en los cursos de historia económica, acaso como pasado remoto, como recuerdo. Pese a la crisis de paradigmas que enfrenta la teoría económica contemporánea, a la pobreza intelectual del «pensamiento económico» de los reformadores y a lo incierto de la reciente política económica a corto plazo, como ha señalado el Premio Nobel de Economía, Douglas North,<sup>1</sup> el estudio de las crisis económicas ha desaparecido prácticamente de la literatura económica.

No por azar los «cliómetras» norteamericanos, señaladamente North y Fogel, han reconocido que esta doble crisis que enfrenta la teoría económica contemporánea —teórica y política— tiene como posible salida la recuperación de la historia en una profunda reflexión que renueve hipótesis y cambie la comprensión de los procesos económicos en su magnitud y duración.

La palabra parece quedar en boca de los historiadores económicos (cuya formación primaria sea en economía o en historia) que, sin abandonar su trabajo sistemático en historia, han evitado caer en modas. Uno de ellos, particularmente lúcido, es Ruggiero Romano, quien ha retomado a la vuelta de treinta años la discusión de un viejo tema que le apasiona: la crisis del siglo XVII en Europa, pero ahora en su relación con la América española o para usar su afortunada expresión, la «contracoyuntura hispanoamericana».

<sup>1</sup> «We have just set out on the long to achieving an understanding of economic performance throughout time. The ongoing research embodying new hypotheses confronting historical evidence will not only create an analytical framework enabling us to understand economic change throughout time; in the process it will enrich economic theory, enabling it to deal effectively with a wide range of contemporary issues currently beyond its kin. The promise is there. The recognition of that promise by the Nobel Committee should be the essential spur to move us on down that road», Douglas North, «Economic Performance Through Time», en *The American Economic Review*, volumen 84, número 3, p. 367.

Su nuevo libro,<sup>2</sup> madurado en la reflexión y los aportes historiográficos de tres décadas, merece una doble lectura: a la luz de la historiografía económica, y en relación al momento de su aparición. La tesis central de Romano es que la llamada «crisis general del siglo XVII» en Europa, que entiende como una «refeudalización»,<sup>3</sup> tuvo para América otro signo y temporalidad, vale decir, su propia contracoyuntura de recuperación y crecimiento. Y esto último es relevante porque la historiografía europea sostuvo, y aún hay quien lo mantiene, que la crisis europea se «transmitió» a nuestro continente como efecto de las articulaciones políticas y la globalización del tráfico atlántico.<sup>4</sup> En oposición a ello, sostiene Romano con precisión crítica al eurocentrismo que es precisamente el proceso contrario lo que caracteriza la coyuntura secular americana.<sup>5</sup>

En efecto, su aportación reciente está orientada a discutir las dos dimensiones de la crisis: la espacial y la temporal. En el primer caso, examinando las diferencias regionales europeas y en comparación con América; en el otro caso, reconsiderando las periodizaciones clásicas y su atonía entre ritmos europeos y americanos. Pero, es también una didáctica exposición de cómo la historia económica ha madurado, cómo ha progresado la investigación y, en una perspectiva del autor, cómo ha modificado esto su pensamiento, ratificado algunas de sus hipótesis y abierto nuevos caminos de reflexión.<sup>6</sup>

Así, también, el trabajo de Romano nos recuerda que las crisis no son episodios, ni coyunturas económicas desafortunadas, sino procesos de larga duración que, larvados en periodos de crecimiento, irrumpen en la vida so-

<sup>2</sup> *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, FCE/Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, México, 1993, 169pp.

<sup>3</sup> «...esa palabra maldita que no me arrepiento de haberla empleado hace unos 40 años», *ibidem*, p. 159.

<sup>4</sup> La bibliografía sobre el tema de la crisis europea del siglo XVII es abundante, pero para la Nueva España el trabajo más específico ha sido el de Jonathan Israel, «México y la crisis del siglo XVII.», en Enrique Florescano (coordinador), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, FCE, México, 1979, pp. 128-153.

<sup>5</sup> «En resumen —nos dice Romano— ¿se plantea en la América española del siglo XVII el mismo problema que he introducido al hablar de 'crisis' general europea?; crisis ¿para quién? En el contexto europeo (con refeudalización o sin ella) se puede responder que la gran mayoría, pero no estoy seguro de que se pueda decir lo mismo en el caso del conjunto americano, Si es así, como yo creo, estamos ante un fenómeno bastante importante que, estoy convencido, nunca se ha estudiado con atención debida, y que es el de las contracoyunturas. Este problema de las coyunturas opuestas de Europa e Iberoamérica debe retener nuestra atención. La 'crisis' del XVII puede constituir una excelente piedra de toque.», Romano, *op. cit.*, p. 27.

<sup>6</sup> «Yo también tengo que reconocer mi culpa. En 1962, en un artículo expresé con demasiada facilidad (y el hecho de que otros se hayan equivocado de la misma manera no me tranquiliza) que la crisis europea se había transmitido al continente americano. (...) Ahora bien, las grandes correcciones que se ha aportado recientemente modifican este punto de vista.», *ibidem*, p. 26.

cial y cultural. Ante ello, desprende una serie de reflexiones útiles para quienes viendo las «transformaciones estructurales» de la economía pierden de vista el complejo social en que se desarrollan, además de que difícilmente se ensaya una historia comparada que ponga el acento en las identidades y diferencias que explican la diversidad institucional del cambio histórico («estructural» si se quiere).

Es, además, una reflexión historiográfica de gran utilidad actual, si pensamos en una historia y una política económica. Citemos tres interrogantes y sus argumentos históricos: 1) ¿qué procesos conducen de una crisis social a otra económica o viceversa?<sup>7</sup> 2) ¿cómo establecer un criterio histórico sobre el desarrollo económico de larga duración?<sup>8</sup> y, 3) ¿qué historia hacer: económica o de la riqueza?<sup>9</sup> Haga el lector las analogías con el presente y estime su vigencia en las preocupaciones del historiador.

Romano es un polemista mordaz; basta para quien no lo conozca seguir sus notas a pie del texto, pero también generoso con sus interlocutores. Por ello no es un «libro de moda», sino un libro maduro, sistemático, sencillo y profundo, que sintetiza el pensamiento histórico de treinta años. Es, en una palabra, una lección de historia global bien escrita y mejor pensada.<sup>10</sup>

Una bien articulada introducción nos pone al corriente de la discusión, pero también, resulta ser una confesión de por qué su autor a la vuelta de tres décadas retoma el tema: estudiar las diferencias regionales y las contra-

<sup>7</sup> «Si reflexionamos bien —advierte Romano—, el hecho de analizarlos (los procesos económicos y políticos) nos lleva a un problema muy simple. ¿Termina la crisis económica en una crisis social, en la crisis “general” (para decirlo con una sola palabra) o a la inversa, es ésta el último vector de la crisis económica?», *ibidem*, pp. 157-158.

<sup>8</sup> «...la multiplicación de las actividades de ‘negocios’ puede ser también un motor (parcial, por cierto) de crecimiento, pero sólo con la condición de que el capital acumulado por esos ‘negocios’ se destine a inversiones productivas y no se revierta en actividades especulativas parasitarias, pues la clave del desarrollo es la producción, no la especulación.», *ibidem*, p. 148.

<sup>9</sup> «Sé muy bien que los banqueros genoveses siguen haciendo pingües negocios, lo cual les permitirá construir admirables palacios de la Vía Nuova que, iniciada a mediados del siglo XVI, se terminará en la segunda mitad del siglo XVII; pero el problema es el siguiente: ¿hacemos historia de la economía o hacemos historia de las riquezas?, pues son dos cosas diferentes. La riqueza de un grupo social limitada en número no significa en absoluto la prosperidad de una economía en su conjunto (hoy en día se dan casos de fabulosas riquezas acumuladas por ciertos grupos sociales en los países subdesarrollados).», *ibidem*, pp. 162-163.

<sup>10</sup> «Durante estos últimos años he releído, si no toda la literatura acumulada durante más de 30 años sobre la ‘crisis general’, si una gran parte de ella. Esta lectura vuelve a adquirir importancia para mí, después de 10 años, durante los cuales prácticamente me desentendí de este asunto; pero en realidad, gracias a este alejamiento, comprendí que la verdadera razón de un gran número de polémicas y de incomprensiones nos conduce a un hecho bastante banal. Todos hablan de la crisis sin antes definir lo que entienden por ella. Sobre todo, unos hablan de crisis política y otros de crisis económica.», *ibidem*, p. 20.

coyunturas entre Europa y América, esto es, romper la noción ahistórica de homogeneidad y simultaneidad.<sup>11</sup>

La estructura del texto divide el tratamiento del tema entre demografía histórica (I. El número de hombres), producción económica (II. El rumbo de la producción) y circulación (III. Metales y monedas, precios y salarios) llevando al lector a una discusión de fondo: el comercio y su relación con el crecimiento económico (IV. Consideraciones sobre el comercio) para ratificar, no sin matices, sus polémicas consideraciones sobre la economía-mundo y el nacimiento de la modernidad industrial.

Y es este el tema de muchas discusiones. Hace años que Romano ha venido sosteniendo la continuidad «feudal» en las sociedades americanas, o dicho de otra manera, de la inacabada forma del capitalismo latinoamericano.<sup>12</sup> Sus interlocutores han sido historiadores, sociólogos y economistas que sostienen el punto de vista contrario, algunos con calidad en sus investigaciones, otros con el axioma teórico (y no pocas veces ideológico), pero, en conjunto, para todos la incisiva y generosa crítica de Romano ha significado una mayor problematización.

Sin embargo, sus libros suelen dejar una «rendija» a la discusión, una simulada debilidad que invita a la crítica y que le dará el vigor polémico para otros trabajos. En este ensayo nos deja la última página en blanco: Hispanoamérica no puede verse como un componente activo del capitalismo, como un protagonista central de la economía-mundo.<sup>13</sup> La circulación monetaria y de mercancías, el influjo de la plata en el desarrollo (o

<sup>11</sup> «...la contracoyuntura americana —concluye Romano— nos refleja fundamentalmente esa independencia y esa liberación (respecto de la metrópoli). El monopolio comercial español, que había abastecido a América con cuentagotas durante el siglo XVI, ya no funciona en el XVII y empieza a prosperar el contrabando (comercio 'directo') con los ingleses, holandeses, franceses, etc. ¿El Estado es débil? Entonces las remesas fiscales en dirección a España disminuyen y América conserva para ella más dinero. En el aspecto militar e internacional, España ya no es lo que había sido en el siglo XVI, ahora está obligada a destinar dinero (americano, ciertamente) a la defensa de América, lo cual significa una vez más que el dinero se queda en América. Pero el debilitamiento del Estado español no se traduce sólo en el hecho de que se quede más dinero en América, hay algo más importante que se da en el curso del siglo XVII (siglo que dura hasta las 'reformas' del XVIII que no son más que la última tentativa por recuperar el 'Imperio') y es que la vida americana resulta cada vez más autónoma.», *ibidem*, p. 149.

<sup>12</sup> Véanse sus ensayos contenidos en *Cuestiones de Historia Económica Latinoamericana*, Caracas, 1966, particularmente «Caracterización histórica del desarrollo económico», pp. 1-12.

<sup>13</sup> «...no creo en la 'economía-mundo', pues tal como ha sido teorizada por I Wallerstein, F. Braudel y otros, se basa demasiado en el comercio exterior, en la banca y en los problemas monetarios para poder una idea real de lo que es la evolución interna de conjunto de la 'economía-mundo' y en mi opinión, detrás de esta 'economía-mundo' persiste a un nivel infinitamente más elevado, la antigua historia colonial», Romano, *op. cit.*, p. 168.

bien atraso) económico mexicano del siglo XVIII y las paradojas de una economía productora sedienta de plata son temas que deja para un nuevo texto, por aparecer, en que dará una nueva lección de historia, aún sin pretender acuerdos, porque al final Romano es un maestro que procura la reflexión ajena y no el convencimiento conclusivo, como se desprende de sus palabras:

*A veces me pregunto si he tenido razón en lanzarme a esta aventura de comparar la vida económica de los dos continentes durante un periodo tan largo. De antemano sé que estas páginas me aportarán, fundamentalmente, ataques. Por tanto, creo que aun cuando no acepten mis conclusiones, lo que acabo de escribir tiene el mérito de hacer reflexionar sobre ciertos problemas primordiales.*

*Antonio Ibarra  
Posgrado de Economía/UNAM*